nuidas las fortunas y disipados los fondos públicos en guerras fratricidas, y profanada la propiedad de las corporaciones.

Conservadores y monarquistas sostenían que las hordas bárbaras del Sur de México habían violado la capital de la República, para escandalizar con toda clase de abominaciones á sus habitantes. La revolución había abierto el camino al asesinato, á la ocupación de la propiedad, desnaturalizado las instituciones municipales, dividido las castas; azuzó á unos para apoderarse del campo de los otros, á su nombre se cubrieron los caminos de malhechores, al grado de haber robado y desbalijado á un representante de S. M. C. en México, y á un sabio filósofo, naturalista inglés, representante de la nación británica; en una palabra, se afirmaba que la revolución de Ayutla había causado la vergüenza de nuestra raza, que paseaba su frente ruborizada entre los pueblos europeos.

La religión, el derecho de propiedad, las clases, consideradas como instituciones tutelares, sacrosantas, conservadoras de la nacionalidad, habían caído al golpe del hacha y la barra destructoras; todo había sido minado, todo era movido por la vigorosa palanca revolucionaria, aplicada á los cimientos sobre los cuales descansa la sociedad, y era un favor providencial el que no se hubiera desplomado el edificio nacional y concluido la Independencia para siempre. La ocupación de los bienes de la iglesia se encontraba sin razón legítima de ser; recordaban los conservadores que esas riquezas venían desde la conquista, y tenían en mucho títulos gloriosos, cuales fueron los que dió el espíritu de abnegación que salvó á las razas aborígenes, del hierro, del fuego y de la codicia. La revolución había puesto sobre todos ellos su atrevida mano.

La revolución de Ayutla despojó de sus antiguos fueros al clero y al ejército; depuso de sus altos empleos á jefes y generales de antiguos servicios y que parecían inamovibles en sus carreras, seguidas por rigurosa escala desde la Independencia y fueron relegados al desprecio ó desterrados á países extranjeros. Multitud de soldados cuya familia era tan sólo el regimiento, se dispersaron por los campos y llenaron los caminos, teniendo olvidado ya el manejo del arado y sin más perspectiva que la pobreza y la vagancia; ascendieron á los más altos puestos de la milicia, individuos de profesiones extrañas á ella, y una muchedumbre exótica se enroló bajo las banderas del ejército. Los monarquistas hacían notar que en la administración civil no fué menos fuerte el trastorno, dejando la revolución de Ayutla enconados también los ánimos; arrancó de sus sillas á los magistrados de la Suprema Corte y los lanzó al abismo de la pobreza, no obstante que el poder judicial era hasta entonces inamovible y aquellos jueces considerados como modelos de virtud y probidad.

Más aún que todos esos trastornos, atrevióse la revolución á tocar el sentimiento más generalizado y poderoso en nuestro pueblo, el sentimiento religioso; atacado por primera vez directamente en la República; aun habíanse dejado oír palabras ateas salidas de las falanjes sureñas; el escándalo del Jueves Santo, causado por los que gritaban dentro de la catedral que se cerraran las puertas de

*General Florencio Antillon.*

Jefe de la brigada de Guanajuato en la defensa de Puebla sitiada por los franceses, sostuvo que no habia de celebrarse capitulacion alguna. Despues impidió en Monterey que cayera en poder de D. Santiago Vidaurri D. Benito Juarez.

ella y se prohibiera al jefe del Estado la entrada, dice cuál era la exaltación provenida de haber herido la fibra del sentimiento religioso; Comonfort, á quien se negaba la entrada á la Basílica mexicana, era considerado representante de la revolución, que atacaba creencias populares uniformes, establecidas desde la conquista española, é innovador que traía á la sociedad otras creencias, cuando hasta entonces no se había conservado sino una sola, que fué la primera base al proclamar la Independencia y valladar para que desde el año de 1821, no hubieran los Estados-Unidos del Norte, ya poderosos, absorbido todo ó gran parte de nuestro territorio. La revolución trajo la tolerancia religiosa, que encontró grandes resistencias é hirió sentimientos é intereses muy arraigados, y se la consideró destructora del orden social; la tolerancia religiosa era calificada por los reaccionarios el mayor enemigo al elemento de progreso y de orden, contraria á los deberes recíprocos entre el gobierno y el pueblo.

Para los monarquistas acabó de trastornar el orden público la resuelta actitud de Comonfort en favor de la dictadura, dándoles nuevas esperanzas y sirvióles de argumento acerca de que, fuera del trono ocupado por príncipe extranjero, no era posible esperar el advenimiento de un gobierno estable. La revolución dió motivo para que España suscitara dificultades y promoviera ocasiones para que intentaran mediar dos naciones europeas en nuestros asuntos, aunque México resistió admitir tal mediación. Las reclamaciones provinieron de algunos asesinatos cometidos por partidas de foragidos, desechos que siempre deja toda revolución. Un senador español había prorrumpido, al tratar de la contestación al discurso de la Corona: "no es la Nación mexicana la que nos ha ofendido, es la anarquía." "Los crímenes de la hacienda de San Vicente requerían castigo enérgico y aterrador, pero no impuesto por quien no debía imponerlo, aun cuando en la revolución habían tenido su origen y su causa."

Publicábanse en España periódicos que aseguraban era en México grande y general el sentimiento en favor de la monarquía, y entre esos periódicos se distinguió *La Paloma Azul* que aparecía en Cádiz. Ese y otros periódicos ocasionaron muchos males, explotando sus escritos muchos que sin creerlos procedían de mala fe y apoyaban para reinar aquí, los nombres de real estirpe que de cuando en cuando aparecían en la prensa. Ponderaban la adversa suerte de México, que era digno de compasión y aun de buscarle un alivio; decían que no había sabido aprovecharse de una Independencia venida, usando de una expresión vulgar, *por la gatera*, y que de ningún país menos que de España, podía temer perderla; sobre esto insistía principalmente la prensa española periódica, asegurando que la reina y la nación española tenían por México solamente el sincero deseo de verlo feliz, sin abrigar otra ambición.

No faltaron allá también opositores á la idea de la monarquía mexicana con un príncipe extranjero, negando que alguien tuviera derecho á anteponerse á la voluntad nacional, y preciarse de conocer lo que un país quería, antes que el mis-

mo país lo expresara, y sostenían que no podía llegarse á este estado por medio de presión alguna, cual sería la de una intervención europea.

Lo que en esta materia se publicaba en Europa, venía á levantar tormenta en los Estados-Unidos del Norte, sostenedores de la doctrina Monroe, contraria á toda intervención europea en las Américas, brotando de la prensa norte-americana amenazas muy claras y significativas, consejos de expediciones filibusteras y sobre armamentos y reclamaciones á las potencias occidentales de Europa.

La prensa española afirmaba que la raza latina se consideraba obligada, en su misión, á no dejar abandonados los intereses comerciales, políticos y sociales de México á merced de otra raza; la latino-española se había extendido por el Nuevo Mundo y no podía olvidar los grandes hechos aquí consumados por ella, considerábase comprometida á intervenir en la misión de la raza hispano-americana, ¿ó ya esta raza y la indígena estaban destinadas á perecer?

La Europa, que por un pretexto cualquiera inundaba sus campos en lagos de sangre, no tenía ni una mirada para la América, el porvenir del Mundo, donde un pueblo nacido ayer y ya poderoso, extendía francamente sus brazos para adueñarse de los istmos de Panamá y de Tehuantepec. La Nación americana se desenvolvía, propagaba y llevaba su dominio sobre el Nuevo-Mundo, progresiva é indefinidamente. Propagandista y naturalmente invasora, dominaría el nuevo continente apoderándose de esas dos gargantas, lo haría suyo por medio del comercio, la navegación y la política.

Estimulaban los monarquistas á la Europa á intervenir en los asuntos de México, asegurando que aquella no conocía enteramente los recursos hispano-americanos; ni los viajeros, ni los naturalistas, ni el mismo Humboldt habían podido reseñar los prodigios de riquezas tan variadas, y de tan distintos géneros que nuestro país contiene, ofreciendo como prueba la inesperada riqueza de California; riquísimas cordilleras en las que estaban las minas que derramaban millones de pesos sobre Europa, extensos valles en los que las semillas producen ciento por uno, arboledas inmensas coronando las cordilleras, y todo esto ceñido por dos mares ¿no ofrecían grande porvenir y atractivo para ambos mundos? ¿no merecían llamar la atención de los políticos europeos, esas regiones hermosísimas, aun vírgenes, desconocidas como antes de su descubrimiento y cuyos destinos para con Europa, aun no estaban definitivamente cumplidos? Exigía no abandonar la Europa á México, para el ensanche del comercio que lleva en sí el desarrollo de la civilización, y para ocupar la actividad de los espíritus; ¿no era más repugnante la idea de que todo el continente americano tuviese un solo dueño, á la de que estuviese repartido entre las diversas nacionalidades europeas? La unión política de México con la Europa por medio de España, considerábase como natural condición de vida propia para estas regiones, olvidadas, desconocidas, aun hasta de los europeos, estado que ya no podía durar impunemente por mucho tiempo. Tales eran los argumentos con que la prensa española, impulsada por agentes mexicanos del partido reaccionario, procuraba llevar á cabo el pensamiento de una intervención en México.

## CAPÍTULO NOVENO.

**Horas de crisis.—Coaliciones.—Difícil situación de Comonfort.—Es adicionado el plan de Tacubaya.—Triunfa el partido reaccionario.—Fermento de las pasiones.—El cuerpo diplomático reconoce á la reacción.—Se anulan las leyes de Reforma.—Zuloaga exige á Veracruz los fondos de las convenciones.—Batalla de Salamanca.—Trabajos de los monarquistas y santanistas.—Actitud de Veracruz.—Juárez en Guadalajara.—Se retira al Manzanillo.—Miramón entra á Guadalajara.—Termina la coalición liberal.—Reclamaciones de adjudicatarios extranjeros.—Juárez llega á Veracruz.—Miramón derrota á los fronterizos.—Préstamo forzoso.—Disgusto con las legaciones extranjeras.—Intervención de M. Gabriac.—Oposición de Mr. Forsyth.—Fusilamientos en Zacatecas.—Trabajos de los monarquistas.—Se formalizan otros para un protectorado norte-americano.—Aspecto sanguinario de la revolución.—Ley de conspiradores.—Batalla de Ahualulco.—Se extiende la revolución.—Derrota de Casanova.—Ataque á la capital.—Llegan las escuadras española y francesa á las aguas de México.—Gabriac exige el pago de las convenciones al gobierno de Veracruz.—Convenciones Dounlop y Penaud.**

El año de 1858 se presentó para México, sombrío y rodeado de nubes amenazadoras con la revolución que nos trajo tantos infortunios y tan grandes pérdidas, revolución notabilísima en seguida de la cual vino la Intervención europea. La Nación estaba en las horas solemnes de una gran crisis que iba á resolver su porvenir, parecía desmoronarse bajo la acción de la anarquía, sin que el gobierno abrigase ni la más remota esperanza de sobreponerse al desorden. Las vacilaciones que abrumaban el ánimo de Comonfort, le obligaron á una quietud que hacía contraste con el movimiento que se efectuaba en su derredor; se le desertaban las fuerzas, se le escaseaban los recursos que tomaban sus enemigos, y faltándole la convicción en lo que hacía, todo estaba en el mayor desconcierto y confusión; pensó marchar al Interior para destruir la coalición; pero él había aprendido hacía tiempo, que no se destruyen las ideas con las armas.

Un cantón de tropas fué formado por D. Manuel Doblado en Celaya, y para hacerse de recursos ocupó los fondos de Minería. Comenzaron los ataques por todas partes, en tanto que el general Parrodi pedía á los Estados que enviaran representantes á la capital de Jalisco, para organizar el sostenimiento de la Constitución de 1857, y se trató de que los Estados de Oriente y los fronterizos formaran otras coaliciones, poniéndose de acuerdo solamente para nombrar general en jefe como una necesidad para el buen resultado de las operaciones militares. Se arregló que desde que se presentara el Sr. Juárez, fuese reconocido como Presidente de la República, con arreglo á la Constitución, dándole amplias facultades; esta declaración retardó algunos días la libertad del Presidente de la Suprema Corte.

Faltando dinero no se podían cubrir las atenciones públicas, estaba abandonado el despacho de los negocios cuando más urgente era poner en movimiento la máquina política; el Consejo dijo á Comonfort que no se le ocurría la manera de salvar la situación, y algunos de los que lo componían le manifestaron, que no quedaba otro recurso que una franca abjuración y un cambio completo de política.

En las felicitaciones de año nuevo, se notó la ausencia del ministro inglés. La posición en que se encontraba Comonfort no podía ser más grave, no consideraba